

Viernes 22 mayo 840.

(2 reales)



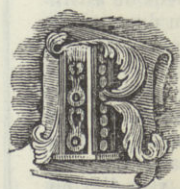
LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 12.

EDUCACION.

Influencia de las mugeres en la sociedad.

ARTICULO 6.º



ROMA en tiempo del cristianismo.—Trascurridos algunos siglos, se operó un cambio extraordinario, el cual depuró y renovó en cierto modo la moral del sexo, demasiado débil para haber podido resistir al torrente de la disolución. Por fin nació el cristianismo, y vino á ofrecer á los hombres un camino seguro, una felicidad presente y futura; y á dar por gloria una intimidad con el ser supremo, por objeto dulces consuelos en la tierra, y por recompensa una eterna tranquilidad en el cielo.

Hasta entonces las mugeres indecisas en sus afectos, sugetan-



do hasta el pensamiento, y no conociendo otra luz que la pasagera del placer, aguardaban sin esperanza. Hechas cristianas, subyugaron los sentidos y la razon; ardiendo en una llama pura y sublime, se elevaron al amor divino, gustando aquella dicha anticipada que nos dispensa la fé en el seno mismo de la adversidad.

Difícil es de pintar la revolucion que este momento produjo. Todo en el nuevo culto debía agradar á las mugeres. No solo restablecia una balanza mas igual entre ellas y el hombre, sino que respondia en cierto modo á su gusto dominante de subyugar y egercer su poderio. Convertir es una especie de seduccion; y asi se vió á las mugeres cristianas dedicadas á ganar prosélitos al cristianismo con mas ardor que los hombres. Inglaterra, Francia, parte de Alemania, Baviera, Hungría, Bohemia, Lituania, Polonia, Rusia, y aun la Persia recibieron el Evangelio de manos de la belleza. La sensibilidad natural al sexo, y que el amor convierte en pasion, fue trasformada por la religion en piedad dulce y consoladora. Se vió á las mugeres, este precioso ornato del mundo, ser el consuelo del infortunio, el asilo de la indigencia. La persecucion del cristianismo contribuyó tambien á desarrollar sus virtudes. La religion tranquila y triunfante habia enternecido sus corazones; pero perseguida, amenazada, proscrita, electrizó su valor, elevó sus sentimientos, y arrebatadas de sagrado entusiasmo, fueron las primeras en arrojarse á las hogueras que encendia la tiranía.

No es extraño. El culto que con tanto celo defendian, protegia su debilidad. Establecia un círculo de ideas é instituciones nuevas, ofrecia á sus ojos otro orden social, en el que podian ocupar un lugar mas decente y con total independecia de los hombres. Si permanecian en el mundo, una ley sagrada las unia á su esposo; si se consagraban al altar, no dependian sino de Dios: en una palabra, de esclavas que antes eran, se veian completamente libres.

A LA ZORRA CANDILAZO.

Lance reciente ocurrido en la ciudad de N.

En el último carnaval una señorita llamada Eufemia, tan poco favorecida de la naturaleza que causaba lástima, entró en deseos de asistir á un brillante baile de máscaras. Pero ¿cómo presentar su desgraciada fisonomía en medio de una encantadora tropa de beldades á cual mas delicada? Decidese á disfrazarse de hombre, y en verdad el traje la honraba. Partió acompañada de un primo suyo; y este se empenó luego en intrigüelas de media hora con varias señoras, entre ellas con una jóven, cuya belleza hacia enloquecer á mas de cuatro, que á porfia la sacaban á bailar. El primo de Eufemia se le mostraba cada vez mas amartelado, cuando se le acercó un máscara desconocido, y le dijo en voz baja, que aquella hermosa jóven era..... un hombre disfrazado de muger. Al oir esta inesperada y mortificante revelacion, el primo quedó pensativo.

De allí á poco otro nuevo pretendiente entró en competencia de los favores de la supuesta jóven. Esta que realmente era un maligno cuanto hermoso mancebo imberbe, se prestó á escucharle como á los demas.

El pretendiente siguió la intriga en términos, que la señorita consintió en un raptó. Un coche se hallaba dispuesto, suben ambos en él: apean á media noche en la casa del pretendiente donde los aguardaba un sacerdote. El marica deja que continúe la farsa, y el capellan echa la bendicion nupcial.... Acabada esta, rompe en una solemne risotada, y dice al pretendiente. Por esta vez se ha engañado V. caballero, pues no soy lo que parezco. Soy un hombre.—Y yo soy una muger, le contestó el pretendiente; y somos ya casados. El pretendiente era Eufemia.

En vano quiso el caballerito lampiño desenredarse del lazo que él mismo se habia tendido. Las leyes del pais protegian y aprobaban el matrimonio, y no hubo remedio: se casó. Asi se vengó el primo de Eufemia.

EL DELANTAL AZUL.

Jugueteando sobre el verde césped se veia á la interesante Amalia, niña de seis á ocho años, mientras una elegante señora, cuya fisonomía anunciaba unos veinte y cinco años, contemplaba sus pueriles distracciones con cierta satisfaccion melancólica, y recostada contra un rústico valladar de palos atravesados. Sin duda habia elegido aquel agreste sitio para su paseo solitario, y mientras la graciosa niña le dirigia continuas palabras con el candor propio de su tierna edad. Mad. Dupré (que así se llamaba la señora) parecia absorta en pensamientos tristes, y respondia poco á las repetidas instancias de aquella criatura. Esta llevaba sobre su ligero vestido de muselina un delantalito de tafetan azul, sobre el cual fijaba Mad. Dupré dolorosas miradas.

Era entonces la estacion mas bella del año, cuando la naturaleza sacude su letargo, y semejante á una linda coqueta despues de algunos meses de enfermedad, se engalana de nuevo con toda la profusion y pompa de sus brillantes atavíos. Mira, mamá, decia Amalia á Mad. Dupré con graciosa sonrisa, cuando me enseñes á papá, llenaré de mariposas y flores este canasto, y se lo regalaré porque me quiere mucho; ¿pero cuándo me lo enseñarás? ¿Y dime, cómo es mi papá? ¿Es como aquel señor alto y de barba negra que viene á verme y me trae bombones y caramelos? Entonces si que lo querré, porque no me hará miedo aunque tenga barba negra, como me lo hace el otro señor, que siempre que viene en lugar de darme dulces, me dice: miserable, y me mira con unos ojos tan azules y tan grandes.... No, no le quiero, ni le querré jamas, porque no me da nada; y ademas me queria rasgar el otro día este delantal que traigo y que me habeis regalado. Dí, mamá ¿porqué me lo queria quitar, sino le viene bien á él.—Calla, querida, respondió Mad. Dupré, no te lo quitará, antes bien te regalará otro mas bonito; pero has de procurar cuando venga á casa, no ponerle mala cara.—Pero si él me la pone á mí, y me dice: miserable; ¿cómo quieres que yo no lllore?

Y olvidando las flores y mariposas, la pobre niña se echó á llorar amargamente, hasta que Mad. Dupré la acalló con algunos besos y caricias, y como los sentimientos son tan pasajeros en aquella dichosa edad, duró poco el llanto, y Amalia se distrajo bien pronto y conti-

nuaron su paseo. No viene, dijo tristemente Mad. Dupré, y volvió á su casa. Todos los dias repetia el paseo, y se dirigia á un mismo sitio esperando sin duda á alguno; y siempre regresaba á su casa con el pesar de haber esperado en vano.

Mad. Dupré era viuda de un capitan de corbeta, que murió en la expedicion de Argel. Pasaba su viudez con bastante comodidad, pues su esposo la habia dejado heredera de algunas haciendas que poseia en el fondo de la Bretaña. Fiel á los manes de aquel, no se habia resuelto á contraer segundas nupcias, no obstante no haber tenido hijos. La Providencia parece quiso indemnizarle esta falta y darle un alivio en su soledad. Retirándose algo tarde del paseo que habia dado por los alrededores de Rennes donde vivia, oyó llorar una criatura detras de unos matorrales. Acercóse para informarse, y vió sentada en el suelo una hermosa niña de cuatro á cinco años, llorando amargamente y diciendo solo de cuando en cuando: ¡Mamá! mamá! En vano le hizo mil preguntas, pues á ellas solo contestaba sollozando: ¡Mamá! mamá!

Lo adelantado de la hora le hizo tomar la resolucion de llevarse la niña á su casa, no sufriendole el corazon verla espuesta á los peligros de quedarse de noche en el campo y sin alguno que la reclamase. Dificil le fue al principio reducir á la niña; pero por fin se dejó conducir con la promesa de que iba á llevarla á ver á su mamá. Lo primero que hizo fue dar cuenta á la autoridad del hallazgo de la niña; pero las mas esquisitas diligencias, ni los anuncios repetidos en los periódicos ningun resultado obtuvieron. Mad. Dupré consintió quedarse la niña, y esta poco á poco fue acostumbrándose al cariño de su nueva protectora á quien llamaba mamá, y olvidó en su reciente situacion como era natural, la pérdida que habia tenido y que en su edad es tan dificil de apreciar.

(Se concluirá.)

UN CABELLO BLANCO.

En la sublime Estambul,
Ciudad del adusto moro,
La mas rica en perlas y oro
Que acaricia el mar azul,
Reciben con el reflejo
Del sol, luminoso baño
Ricas cúpulas de estaño,
Que hay en el Serrallo viejo.

Vive en cada rosa abierta
De odorifero rosal,
Para brisa matinal,
Que de su sopór despierta,
Corre el pensil, y despues
Que besó las flores que ama,
Murmura en flexible rama
De piramidal ciprés.

Acaban su largo sueño
Bajo bóvedas moriscas,
Las hermosas odaliscas,

Y su enamorado dueño:

Mientras vagan desvelados
Por el plácido recinto,
Con las dagas en el cinto,
Los eunucos atezados;
Sombras feas y horrorosas
Que debieron á los celos,
Vivir en aquellos cielos
Do respiran las hermosas.

Del Harem solo un balcon,
Quitada la celosía,
Mece al soplo de aura fria
Su purpúreo pabellon,
Y detras está Gulnára,
La orgullosa favorita,
Luz del alba, flor bendita,
Luna llena, piedra rara,
Querida de Noredin,
Cuya singular belleza,

La formó naturaleza
De rocío y de jazmín.
Diez esclavas á su vez,
Todas lindas, todas fieles,
La engalanan con joyeles,
Y ella dice á todas diez.

—Dadme velos, plumas gualdas,
Y esmeraldas,

Que reflejan verde luz;
Del Tibet los leves chales,

Y corales
Del profundo mar de Ormuz.
Diamantes de cien quilates,

Y granates
De púrpura brillantez
Adornen con sus destellos

Los cabellos
Que desmayan en mi tez.
Reina soy de las Huries:

Dad rubies
A mi cuello de marfil:
Soy bella y encantadora:

¿Quién no adora
Mis ojos, mi pie infantil?
Mas perlas que formen lazos

En mis brazos.....
Dadme mi turbante azul
Cuajado de estrellas de oro,

Que es tesoro
De la reina de Estambul.
Cubridme de muselina

Leve y fina
Que á mi talle sienta bien,
Que sus pliegues nebulosos

Son hermosos
En la reina del Haren.

Acercadme los espejos

Que estan lejos:

Quiero ver mi perfeccion;
Contemplar si con mi encanto

Puedo tanto
Que doy muerte á un corazon.—

Calló: se miró al cristal;

Mas turbóse de repente
Su serena y alba frente
Con palidez funeral;

Porque á llena luz miró,
Y en sus trenzas desmayadas,
Puras, frescas y aromadas,
Un cabello blanco vió.

Cual si un aspid enroscado
Viese en su nevada sien,
Con iras y con desden
Descompuso su tocado.

Fue arrojando por el suelo
Collares, plumas, anillos,
Gasas, broches y cintillos,
Perlas y turbante y velo;

Y el cabello maldecía,
Y aun es cierto que lloró
Cuando airada lo arrancó,
Y en los dedos lo tenia.

Mas Noredin su señor
Que en su cuarto oculto estaba,
Mientras ella se quejaba,
Respondia á su dolor.

Sultana, si en la flor leve
Cayó nieve,

Se helará la flor gentil;
Ya no puede ser amada,

Ni llamada
Reina hermosa del pensil.

Me sobran ángeles bellos
Con cabellos

Sin ninguna imperfeccion:

Contempla pues si es tan pura
Tu hermosura,

Que dé muerte al corazon.”

—
Dijo: le volvió la espalda:
Recorrió su Harem ó cielo,
Vió una bella con guirnalda,
Y arrojó su pañuelo
Sobre la ondulante falda.

J. Arolas.

LA CALAVERA.

Conclusion.

Un sugeto alto, rubio, de mediana edad y facciones pronunciadas saludó á Julia con cierto desden mezclado de respeto, y le dijo sencillamente. «Soy Augusto.»—¡Cielos! exclamó Julia, y las palabras se le

helaron en la boca. Augusto era el hijo vicioso y jugador, cuya muerte habia creído Alberto, y á quien Julia solo habia conocido poco tiempo, por haber abandonado la casa paterna, cuando era aun muy niña. No alarmó á Julia la idea de tener que partir la herencia con un nuevo aspirante, sino la del carácter de Augusto, de quien Alberto varias veces le habia hablado, y le temia sin casi conocerle. Pero el golpe que debia recibir Julia era aun mas terrible. «Vengo, añadió el forastero, á reclamar toda la herencia que me pertenece por derecho legítimo, como hijo único que soy de Alberto Ledoux.»—¿Cómo!—No os incomodeis, y perdonad señorita; sois una estraña á la familia. Y acercándose á un crucifijo de marfil, que tenia al pie una pequeña calavera de lo mismo, la arrancó y tocó un resorte oculto en la parte por donde estaba pegada á la cruz. La calavera se abrió en dos, y en su cavidad se vió un papel rollado, que Augusto desdobló, y dió á leer á Julia. Decia asi: «Amigo, te encargo á Julia, la querida hija de mi corazon: sé su padre. Dentro de seis años tendrás noticias mias. Entretanto recibe ese billete de cien mil francos, y cuida de ella. A Dios. Tu amigo—Arturo.»—Ya veis continuó Augusto, que si mi padre os dejó por su heredera, fue contando con mi muerte; y esta no se ha realizado. Acceded pues de grado á abandonarme la pacífica posesion de lo mio, ó temedme. Tres dias os doy para resolveros.

Dichas estas palabras salió dejando á Julia en un estado difícil de esplicar. Su agitacion y ansiedad se aumentaron al ver entrar á Enrique todo risueño con la idea de la próxima union. Julia moderó sus trasportes y le refirió el lance que acababa de pasar. «Pero, continuó, me quedais vos, Enrique; me queda vuestro amor; trabajaremos y seremos felices, y no echaremos menos estas riquezas que el destino nos arrebató... ¿Qué decis, pues? prosiguió viendo á Enrique abismado en un profundo silencio...—Escuchad, Julia, teneis razon; seremos felices; pero no querais con tanta facilidad desprenderos de lo que es vuestro, porque un aventurero os dice que es suyo. Disputádselo y yo os ayudaré.—No, Enrique, el terrible descubrimiento que acabo de hacer, me quita las fuerzas para litigar. ¿Cómo me he de presentar en los tribunales á hacer valer un derecho equivoco, yo estraña, y tal vez..... contra un hijo? No, jamás me humillaré hasta tal punto.—Pues bien, Julia, yo me retiro á meditar algun espediente que nos pueda ser útil, y en el entretanto no os aflijais.»

Enrique no volvió á presentarse á Julia. En vano esta le aguardó con las angustias que se dejan suponer. Al cabo de algun tiempo solo le quedó el amargo desengaño de que Enrique buscaba en ella las riquezas y no el corazon; mal demasiado comun. Por su parte Augusto se dió tal maña, que Julia huérfana y desvalida fue despojada de todo, y retirada á una miserable boardilla, se vió obligada á bordar para mantenerse con suma estrechez. El pesar habia minado su salud, y la ingratitud de Enrique herido su corazon; y con resignacion aguardaba una temprana muerte como término á sus sufrimientos.

Un dia que salió á volver algunos bordados á la casa donde se los encargaban, tropezó con una brillante comitiva de señoras y caballeros en soberbios landós acompañando á dos, uno jóven y otro viejo que parecian los principales. Tenia todo el aire de una comitiva de boda. Un instinto natural de curiosidad detuvo á Julia, al ver que el cortejo se detenia á la puerta de una iglesia, y penetró en ella para co-

nocer á la novia, pues no dudaba fuese el novio el gallardo jóven, que acababa de ver en el landó. ¡Qué felices serán estos esposos! Una lágrima se desprendió de sus mejillas al acordarse de Enrique, de quien supo que se habia casado con una muger de edad, pero muy rica. Reunidos los convidados, entraron en la iglesia el anciano y el jóven; mas la novia no parecía. Los dos personajes se dirigen al rincón donde se ocultaba Julia con el paquete de tul en un pañuelo. Retiróse ésta tímidamente creyendo iban á una capilla inmediata; pero el anciano se encaró á ella y le dijo: ¿Sois Julia N.?—Sí lo soy.—Carlos, añadió el anciano volviéndose al jóven.—Si su corazon es libre, dijo el jóven á esta espresiva interpelacion me contemplo por muy dichoso en merecer su mano.—Julia, soy tu padre, y Carlos te ama. ¿Consentirás en hacernos felices á ambos?

Julia cree soñar..... Cuando volvió en sí, le digeron que habia dado su consentimiento, que la habian casado, y que se hallaba hija única del conde de Saint-André, y esposa del marques de Mirol. Encontróse en un rico gabinete, vestida con magnificencia, reclinada sobre un sofá con dos hombres que la contemplaban con ansiedad y tierno interés.

El conde de Saint-André habia contraído ocultamente un matrimonio de inclinacion, desaprobado por sus parientes. Julia fue el fruto de aquel enlace, y su nacimiento costó la vida á su madre. No pudiendo aun presentarla como hija suya, la encargó á Alberto su amigo, quien temiendo las vicisitudes de la fortuna y la veleidad del corazon humano, no quiso hacer infeliz á Julia revelándole hasta el fin el secreto de su nacimiento, por no dispartar en ella ambiciones que acaso no podrian ser satisfechas. Recibió la carta del conde con los cien mil francos para Julia, y tuvo la debilidad de comunicar á su hijo Augusto el contenido y el lugar donde la ocultaba. De este secreto se valió despues el perverso para despojar á Julia, y dejarla sumida en la miseria. Desgracias sucesivas obligaron al conde de Saint-André á emigrar á América, hasta que muertos sus padres, tomó posesion del título, y pudo reconocer públicamente á su hija. No le fué difícil averiguar donde estaba. Informóse de la historia, conoció el tesoro que encerraba, y la ingratitud de su primer amante. Carlos, hijo del marques de Mirol amaba á Julia, sin conocerla, por lo que oía decir al conde, con quien su familia estaba íntimamente relacionada. Arreglóse todo, y la comitiva se encaminaba á sorprender á Julia en su modesta mansion, cuando la encontró en el camino, y viéndola entrar en la iglesia, donde se habia de celebrar la ceremonia, se detuvo y se completó la peripecia del modo singular que acabamos de ver.

Augusto dispó en pocos días la herencia. Sus bienes fueron á parar á manos infames, y sus muebles vendidos para pagar sus deudas.

Enrique rugió de desesperacion al ver á Julia dichosa, rica y respetada, mientras él habiendo gastado en poco tiempo la dote de su muger, se quedó solo con una figura fea, vieja, y un carácter infernal, con la añadidura de pobre. Murió de allí á algunos años maldiciendo su ingratitud,

Julia compró de una almoneda el crucifijo de marfil; lo colocó sobre su tocador, y señalando la calavera, decia á su padre y á su esposo: «Esta me dió á conocer la ingratitud de un hombre, y á ella debo el principio de la felicidad que disfruto. El emblema de la muerte me ha dado la vida.»

MODAS.

Nada mas elegante y gracioso como los nuevos cuerpos que han empezado á estilarse, de espalda lisa con un pequeño frunce sobre el talle, y plegados por delante desde el hombro al pico del peto, que, como ya tenemos dicho, ha de ser pequeño y redondo. Esas tablas que vienen cruzando por el pecho formando ángulos arman perfectamente, y disimulan todas las imperfecciones del seno; por eso es tan hermoso su efecto, y vemos que se va adoptando por nuestras primeras *fashionables*. Una batista ó muselina graciosamente bordada debe cubrir la parte del seno que con dicha hechura quedaria á descubierto.

La moda de los volantes va en aumento, y parece que será aun de larga duracion.

La forma mas rigurosa en los sombreros es que baje el ala estremadamente por los lados marcando un arco volcado por las megillas, y siendo muy corta su estension en la frente, de la cual apenas debe sobresalir nada. La hechura de los picos que unen el sombrero á la cara por bajo de la barba debe ser bastante prolongada, formando un esconce en la vuelta que dan las alas por detras. Copa sumamente baja, al nivel de la cabeza.

Estando como estamos en una estacion de entretiempo, en que aun no se han abandonado los trages de invierno, ni tomado los de verano, está la moda indecisa y forma una mezela bastante caprichosa, por no decir ridícula, de prendas de abrigo y desahogo, que se escapa fácilmente al análisis y observacion.

TRAGE DE CASA. Bata de muselina de colores claros, ceñida con grandes cordones con borlas. Cuello de batista ó muselina con bordados calados. Zapatillas de tafíete.

TRAGE DE CALLE. Vestido de raso pintado representando ramos ó cuadros escoses, pero sin profusion de colores, y estos de tintas intermedias. Cuello de encage muy bajo. Chal de raso ó *muaré*, desprendido de los hombros. (Se entiende que no hablamos de esos inmensos pañuelos de seda, proscritos ya por toda verdadera elegante). Sombrero de gró de la India ó *muaré* tornasolado; ó mantilla de lo mismo, color purpurina, forrada de rosa ó azul claro. Sembrilla pequeña guarnecida de fleco, de resorte. Botines de raso. Pañuelo de mano de batista bordado. Guantes color de carne ó venturina claro.

TRAGE DE SOCIEDAD. Vestido de espumilla de China ó crespon de la India, con mangas cortas y vuelos de encage. Peinado con adornos de coral. Cuello de blonda con dibujos encarnados festoneados de plata ú oro. Zapatos de raso blanco, lisos ó bordados de oro. Guantes blancos que no pasen de la mitad del brazo. Un solo brazalete. (*Mariposa*.)

NOTA. A este número acompaña una lámina hermosamente litografiada. Aguardamos el figurin de París, el que se dará apenas llegue, y ademas la litografia correspondiente, pues el figurin debió distribuirse en el número anterior, si se hubiera recibido, y las señoras suscriptoras no pierden el derecho, aunque causas inevitables lo retarden.

VALENCIA.

IMPRENTA DE MANUEL LOPEZ.

1840.